

nicas de cuantificación, así como también señalar o fijar índices numéricos para los mismos.

Esta segunda parte cuenta con una parte teórica no metodológica en la que destaca el trabajo de Robert Redfield quien ha tomado como tema de estudio para esta ocasión, el de las conexiones entre la Antropología, las ciencias sociales y las humanidades.

La tercera parte se refiere a las maneras de aplicar las técnicas antropológicas a la industria y al gobierno, tanto entre las sociedades iletradas (o ágrafas que diría Herskovitz) como a las que se encuentran inmersas en la civilización occidental. Los estudios de estos problemas han concretado sus puntos de vista mediante la referencia precisa al gobierno de Estados Unidos, de Africa Británica, de Holanda y de las Naciones Unidas. Mary Haas, muestra la forma en que la Lingüística puede aplicarse a la enseñanza de idiomas, tan importante actualmente para la comprensión internacional.

La bien ganada fama de los participantes en el symposio, nos relevan del deber de valorar sus contribuciones contenidas en el libro, por lo cual no hemos de sobrepasar los límites de esta somera enumeración de tópicos en él tratados.

MOCH, Jules: *Confrontations*. Gallimard Octava Edición. París, 1952. 475 pp.

Veinte años de actuaciones políticas, entre las que se cuentan sendas participaciones en los dos ministerios de Leon Blum, dejaron en Jules Moch un sedimento vivencial y empírico-cognoscitivo que demandaba una explicación lógica, al través de la confrontación de los hechos con la corriente doctrinaria socialista, aceptada en términos generales por el autor.

Esta confrontación de los acontecimientos más recientes con la doctrina socialista mostró al autor que ésta no podía mantenerse incambiada, ya que si bien es cierto que el progreso técnico rompió una estabilidad milenaria para dar lugar a una revolución sesquicentenaria, la duración menor de ésta no ha sido obstáculo para que en ella se presente una división bipartita, uno de cuyos períodos sigue siendo explicable por el socialismo clásico, no ocurriendo lo mismo con el segundo, que precisa de nuevas formas de explicación.

Lo observado por Moch en este segundo período de la vida del capitalismo le hace pensar en que asistimos a un reflujo desconcentrador de las industrias, al aburguesamiento de los trabajadores y a la pérdida de la conciencia de clase.

Económicamente nos parece encontrar en el autor un cierto optimismo bastante cercano al de Bastiat, ya que considera que el capitalismo ha aumentado el poder de compra de los asalariados, y que hay una desvalorización del capital con respecto a los ingresos del salario; piensa asimismo que el equipo energético, al transformarse, permite el renacimiento de un artesanado moderno, susceptible no sólo de prosperar a pesar de la concentración de las grandes empresas, sino que es capaz, incluso, de frenar esa misma concentración.

Considera que la propiedad tiende a subdividirse y que va dejando de pertenecer a sus detentadores jurídicos. Frente al problema de las crisis piensa que ni son fatales e inevitables para el capitalismo, ni tienden a agravarse, ya que el progreso técnico mantiene el equilibrio en el sistema económico, contrapesando las aparentes crisis de superproducción que tanto preocupaban a Sismondi con la crisis de superequipamiento del que

poco se ha hablado entre los teóricos y doctrinarios de la economía.

Afirma nuestro autor que vivimos en un sistema económico que se ha modificado mucho desde tiempos de Marx, y que si bien es cierto que subsisten las ganancias, éstas ya no gobiernan a las demás formas de la vida económica; que la concurrencia ya no juega tan libremente ni en el mercado de productos ni en el mercado de trabajo. Todo el panorama económico cambia y, por lo mismo hay necesidad de un nuevo Marx que explique los nuevos fenómenos que se presentan.

O sea, que según se desprende de estas consideraciones, el autor da media vuelta del socialismo hacia lo que quizá se apunta como un neoliberalismo que —de acuerdo con la tradición liberal francesa— tendría que estar fuertemente teñido de optimismo.

Sin embargo, esta media vuelta se produce en el terreno económico doctrinario, y no en el campo político, ya que el autor piensa que si bien la separación tajante entre el régimen económico capitalista y la doctrina económica socialista tiende a reducirse por la comprobación de las limitaciones del primero y de lo fallido de las previsiones del último, en cambio no ocurre lo mismo en relación con los regímenes políticos correspondientes. Es verdad que la capacidad de compra de los asalariados ha crecido, pero sus privilegios no han crecido en la misma proporción que los de las otras clases; por el contrario, han visto aumentar una serie de necesidades y deseos cuya satisfacción no ha sido garantizada por los regímenes políticos capitalistas. Es decir, que Moch piensa que las contradicciones propias del capitalismo provienen más de la estructura política que de la misma organización económica.

Respecto del problema de las relaciones internacionales frente a la solidaridad interna, señala que los vínculos son más fuertes que los internacionales, y aun cuando no respalda —como List— el fortalecimiento de esta actitud, si piensa que es benéfica, porque evita la lucha de clases “que el socialismo pretende eliminar”.

En la parte segunda de su libro (“Divergencias”) muestra los rasgos distintivos del socialismo frente al comunismo; hace ver que mientras el comunismo trata de *adueñarse* del poder a toda costa y sin reparar en los medios, el socialismo trata de *ejercerlo* lícitamente, ya que, conforme el decir de Jaurès, el valor reside en “buscar la verdad y decirla, y no sufrir la luz de la mentira triunfante que pasa”; o sea, que mientras el socialismo asume una postura ética, el comunismo se presenta como esencialmente amoral. Como una diferencia fundamental entre ambos, asienta asimismo que el socialismo no pretende introducir en las cosas (en el régimen de propiedad, por ejemplo) modificaciones que no hayan sido aceptadas previamente por los espíritus gracias a una labor educativa y propagandística conveniente.

La tercera parte está dedicada a los intentos de nacionalización y socialización realizados en los diversos países durante las últimas décadas, y la cuarta, a las esperanzas que brinda al hombre, a las empresas y a la economía en general, la doctrina socialista.

De ahí que podamos reconocer en la obra: una porción de carácter propiamente económica (predominantemente teórica); una parte política (predominantemente doctrinaria); una parte histórica de gran actualidad y una porción propagandística que da razón a quien considera en el socialismo casi “una religión laica tanto como una teoría fun-

dada en el análisis de los hechos económicos y del progreso técnico”.

NORTHROP. F. S.: *The Taming of the Nations*. A Study of the Cultural Bases of International Policy. The Macmillan Co. New York, 1952.

Filmer S. Northrop se dió a conocer ante el mundo por medio de un libro que, en poco tiempo, ha llegado a convertirse en clásico. Su “Encuentro de Oriente y Occidente” supo plantear el problema de la falta de entendimiento entre las naciones, originado en las diferencias culturales existentes entre ellas; es más, llegó a afirmar que las diferencias que separan a Oriente de Occidente son divergencias de mentalidad, ya que si el primero es fundamentalmente “estético” o intuitivo, en cambio el segundo es esencialmente “teórico”, racional o intelectivo.

La constatación de este hecho, lleva a Northrop a establecer doctrinariamente la posibilidad, e incluso la necesidad, de que esos dos tipos de mentalidad se conozcan, se comprendan y lleguen a impregnarse mutuamente, a fin de hacer desaparecer las fricciones que las separan.

Cimentada en esta concepción de tipo sociológico o de filosofía social, aparece en nuestros días una obra más del famoso pensador norteamericano, la cual creemos, está destinada a correr con suerte tan venturosa como la de su predecesora y fundamentadora, ya que en ésta, los principios de aquélla están puestos en función de problemas específicos: los de la política internacional.

El núcleo ideológico de su nueva obra puede considerarse constituido por una serie de premisas del tipo siguiente: a)—la base de la actuación política de las naciones debe buscarse en su particu-

lar ideología; b)—la actividad política de determinada noción debe estar orientada por el conocimiento y el respeto hacia las varias ideologías de las naciones restantes; c)—la política internacional que se guía por el fuego fatuo del poder o la potencia material, creyendo ser realista, carece por completo de realismo; d)—la política internacional ecléctica que considera a las ideas como *uno* de los factores que hay que tener en cuenta en las relaciones internacionales es igualmente inoperante, ya que la política internacional requiere acción concertada en torno de un núcleo con el que se articulan diversos elementos, y no un modo de obrar desorientado en diversos sentidos.

En efecto, piensa que si la política internacional ha fracasado en múltiples ocasiones es debido a que los estadistas no se percatan de que las naciones no obran sólo por afán de poder, y que tras ese móvil aparente existe siempre una ideología más profunda que las impulsa.

Por otra parte, esos mismos estadistas no se percatan o no quieren percartarse de la importancia que tienen esas diferencias profundas porque el continuar actuando como hasta ahora lo han hecho, y explotando prejuicios, les permite disimular sus errores; a su vez, los estudiosos se obstinan en no aceptar la importancia de tales discrepancias porque evitan en esa forma la difícil tarea de buscar una interpretación a las culturas subyacentes en las que se funda la actividad política de otras naciones.

De ahí que estar atento y conocer los ideales de otros pueblos sea, al mismo tiempo, el idealismo más alto y el más crudo de los realismos, puesto que son las normas culturales las que impulsan desde bien adentro, desde una zona de penumbra o de sombra la actuación po-